

Nociones sobre el Individualismo.

Ma. Mercedes Galván Dávila
Depto. de Estudios Literarios UdeG

En este ensayo se pretende ofrecer a los lectores una muestra del individualismo así como de sus paradojas, a partir del ensayo filosófico *El jardín imperfecto* de Tzvetan Todorov, donde dedica un apartado para darnos a conocer, entre otras, a la familia individualista, que es de quien ahora nos ocuparemos; así también

se registra, la información relativa al origen del individuo, consultada en el libro *La era del individuo* de Alain Renaut; para concluir, con la opinión sobre el individualismo actual, que se asienta en el libro *Paradojas del individualismo* de Victoria Camps.

T. Todorov sustenta su ensayo en un estudio profundo sobre el pensamiento y la filosofía de los hombres que se ocuparon de observar, señalar, comprobar y registrar, tanto los valores morales, como los culturales, expresados o manifestados por una persona o colectividad a través del tiempo.

En *“El juego de las cuatro familias”* Tzvetan Todorov, nos describe el pensamiento y actitudes que identifica a la familia de los conservadores, los científicos, los individualistas y los humanistas, herederas de una tradición que comenzó a perfilarse gracias a una lenta revolución en el espíritu de los europeos. *“La revolución consiste en afirmar que la mejor justificación de un acto, la que lo vuelve más legítimo, proviene del hombre mismo: de su voluntad, de su razón, de sus sentimientos.”* (Todorov, 1999: 26)

Los hombres de la antigüedad aprendieron y aceptaron con sabiduría el lugar que ocupaban en el universo; así mismo, consideraron que era necesario someterse a una instancia exterior: a la naturaleza del universo del hombre o a la voluntad de Dios.

El hombre moderno acepta la tradición heredada, pero decide conocer por él mismo ese mundo que habita; a la vez, elige los principios que desea observar a través de su vida.

“El individuo humano es una entidad autosuficiente”. Esta hipótesis antropológica fue el punto álgido para que Alain Renaut (brillante pensador y ensayista francés de nuestro tiempo), designara como “individualistas” a los hombres que con ella se identificaron. Todorov dice emplear

el término individualista “...en un sentido mucho más estricto que cuando se lo usa para designar a toda la modernidad. (mantengo el uso que le da A. Renaut).” (Todorov, 1999: 48).

Nos encontramos ante un grupo de seres que se bastan a sí mismos, tanto como gozan de óptima estima; además de ese sentimiento, dudan de la existencia de valores morales; de la autenticidad en la convivencia humana, así como del yo coherente, porque para ellos sólo es ficción; asimismo, afirman tener la certeza de la proposición libertad, y al poseer esa facultad, aceptan la responsabilidad que conlleva.

¿Creéis que nuestra libertad implica la pérdida de Dios, de la sociedad y del yo? Pues bien, para nosotros, no es una pérdida, sino una liberación suplementaria. [...] ¡Que el hombre confirme su soledad esencial, su liberación de toda coacción moral, su dispersión ilimitada! Que afirme su voluntad de poder y sirva a su propio interés: de ahí saldrá el mayor bien para él, que es lo que cuenta. [...] Lo que describís como una enfermedad (o como la contrapartida dolorosa de un pacto ignorado) es en realidad el principio de una fiesta” (Todorov, 1999: 18)

Estos hombres defienden a todas luces su individualismo, materialismo y dispersión del yo. Según la tradición agustiniana, a la naturaleza humana le es inherente la debilidad, razón por la cual el hombre es un ser solitario, agresivo y amoral.

El individualista (inmerso en la urbe) adopta en cierta medida los principios de la vida monástica según el nominalismo de Guillermo de Ocam, llamado también *Princeps Nominalium* (1280-1349), que consideraba lo innecesario de la entidad social; la conciencia de que el ser está completo en sí mismo; está solo frente a Dios; es independiente de sus semejantes y puede alcanzar el bien por sí mismo; el hecho de ser persona le otorga la solvencia para subsistir sin el requerimiento de ninguna otra realidad. Esta serie de afirmaciones nos permite manifestar que los individualistas confirman, a cada momento su soledad, su optimismo, y su aprecio personal.

A través del tiempo el pensamiento de algunos hombres como es el caso de Guillermo de Ocam se admite, modifica, o suele ser el germen de una posterior opinión, de la que deriva cierta actitud. Es así como en Francia, durante el siglo XVII el duque François de La Rochefoucauld (1613?-1680) filósofo y moralista francés retoma lo dicho por sus predecesores y observa con especial

atención la actitud egoísta del ser humano; razón que lo motiva a juzgar que el miedo al castigo, torna aparentemente virtuosos a los hombres mediante pseudo-acciones generosas y desinteresadas, cuando la realidad es otra: su miedo al castigo, circunstancia que obedece a su naturaleza que esencialmente es egoísta, solitaria e inmoral.

No podemos amar nada si no es en relación a nosotros mismos. [...] El mero interés produce nuestra amistad. [...] A fuerza de engañar, acabamos creyendo nuestras propias ficciones e imaginamos que la vida en sociedad nos resulta indispensable. [...] Los hombres no vivirían mucho tiempo en sociedad si no fueran víctimas del engaño unos de otros. (Todorov, 1999: 49)

Soledad, agresividad, egoísmo, conveniencia y engaño, son debilidades humanas con las que converge el más grande de los moralistas cristianos, el matemático y físico Blas Pascal, (1623-1662), quien concurre a través de la tradición agustiniana que esa actitud de aparente unión entre los hombres, se asienta en el constante engaño mutuo; nunca en la búsqueda del bien común. "*Según Jansen, la doctrina agustiniana implica que el pecado original arrebató al hombre la libertad de querer y lo hizo incapaz del bien e inclinado necesariamente al mal. Sólo Dios concede la gracia de la salvación a los elegidos, por los méritos de Cristo.*" (Abagnano, 1974: 693)

Blas Pascal, apoyaba esta concepción, motivo que lo llevó a escribir una apología del cristianismo (inconclusa), que posteriormente fue publicada con el título de *Pensamientos*, en donde hace una clara referencia a la naturaleza humana.

El hombre es algo lleno de error que le es natural y que no puede desaparecer sin la gracia. Nada le muestra la verdad. Todo le engaña. Estos dos principios de verdad: la razón y los sentidos, además de faltar, cada cual por su parte, de sinceridad, se engañan recíprocamente. Los sentidos engañan a la razón con las apariencias falsas; y este mismo fraude que hace a la razón lo reciben de ella a su vez. Ella se venga: las pasiones del ánimo turban los sentidos y les dan impresiones falsas. Cada cual miente y engaña como le viene en gana. (Pascal, 2004: 165)

La Rochefoucauld, como Pascal, se duelen de la debilidad humana que padece el hombre y ante la imposibilidad de eliminarla, cada cual, la disfraza a su manera: La Rochefoucauld, mediante la urbanidad y el aprendizaje de la honradez; Pascal como podemos deducir, mediante la gracia.

Versión de la moral individualista: La Rochefoucauld nos ofrece su personal juicio a partir de sus observaciones que lo conducen a establecer una marcada diferencia entre la población y la gente honrada o elitista de la que él forma parte.

La diferencia radica en las actitudes manifiestas de ambos grupos. A las gentes comunes que conforman la población, les basta someterse a la obediencia de las normas corrientes, son conformistas, razón que los hace aparecer falsos; para la gente honrada o elitista la exigencia es distinta, lo deseable es tender a su satisfacción, nunca al sometimiento de las normas imperantes o a las expectativas de los demás; esa actitud implica fidelidad a uno mismo, autenticidad.

Hagamos un paréntesis para considerar lo anterior, observemos la separación social que La Rochefoucauld impone a partir de las actitudes de los individuos que conforman estos dos grupos: la población, y los hombres honrados; a estos últimos, los distingue de la gente del pueblo por su valor, que conlleva libertad y responsabilidad al tomar decisiones, actitud que nos permite considerar que a partir de que los seres asumen una responsabilidad, enfrentan a sus temores o miedos, esta acción, posteriormente genera optimismo, seguridad que poseen los hombres libres aquí denominados: hombres honrados.

La opinión de Rochefoucauld, surge del proceder que manifiesta el grueso de la población que dista mucho de las actitudes del hombre honrado. El hombre del pueblo evade la responsabilidad, se somete, porque es más cómodo el subordinamiento que no lo obliga a pensar, a tomar decisiones, responsabilidades de vida que lo harían hombre libre.

Establecidas las diferencias, concretemos la imagen del hombre del siglo XVII en Francia con la opinión de La Rochefoucauld: el hombre es egoísta, solitario e inmoral, circunstancia que obedece a su naturaleza, su aparente práctica de acciones “generosas” lo hace aparecer virtuoso, cuando el origen de sus actos, radica en su miedo al castigo. Inmediatamente después del juicio de La Rochefoucauld, Todorov nos aclara que *“El papel del moralista consiste entonces en arrancar esa máscara de virtud y en revelar nuestra verdadera naturaleza.”* (Todorov 1999: 49)

Al llegar a este punto nos damos cuenta de que en esa época la práctica de las virtudes obedecía según el juicio de La Rochefoucauld al conformismo o sometimiento de la gente del

pueblo, por su incapacidad de discernimiento; contraria a la actitud determinante de las gentes honradas. Abundando en esta consideración La Rochefoucauld estimaba:

[...] la verdad respecto a uno es más importante que la conformidad a la virtud: se es falso “con la idea de darse a valer mediante cualidades que son buenas de por sí, pero que no nos convienen”; así se comportan los que no saben “discernir lo que es bueno en general de lo que nos es propio” [...] (Todorov, 1999: 242)

Por lo anterior, La Rochefoucauld manifiesta además que no hay copia buena, porque el adjetivo bueno, nunca podrá aplicarse al sustantivo copia; él dice, que lo que es bueno envuelve fidelidad a uno mismo y no a otro, las imitaciones nunca son buenas.

Es necesario, por una parte asentar que para La Rochefoucauld el individualismo se fundamenta en el pensamiento de los estoicos cuyo ideal es la ataraxia, o indiferencia hacia todas las emociones y el desprecio de ellas. Por otra parte, reafirma la marcada diferencia que establece entre los hombres que se rigen por una moral del deber (porque así lo establece la ley) y los que se manifiestan con una ética de la autenticidad obrando con fidelidad a sí mismos; para rescatar su individual naturaleza que posteriormente genera la pluralidad del proceder humano.

Con base en lo anteriormente expuesto, atisba la probabilidad “*de convertir la aristocracia hereditaria en una aristocracia del espíritu (el hombre honrado)*”; considera que existe en cada cual un sí mismo más auténtico; pero, requerimos buscarlo abandonando los papeles sociales a los que cotidianamente nos afiliamos y al encontrarlo, adaptarnos a él.

Esa es la razón, que lo orillaba a manifestar que existe la posibilidad de enmascarar las debilidades humanas, mediante la urbanidad y el aprendizaje de la honradez. Estos fueron los primeros pasos de un proceder que con el tiempo sería tan familiar para los Modernos.

El contraste de actitudes de cada individuo ante las diferentes situaciones que se presentan durante la vida, son la verdad que lo habita y obviamente pluralidad de proceder humano; distintas facetas, distintas verdades, en cada individuo (a partir de su circunstancia) lo hacen verdadero, auténtico, incluso equilibrado, armonioso; manifiesta que no podemos observar el mismo comportamiento cuando estamos al frente de un regimiento, que cuando andamos de paseo.

La Rochefoucauld tiene una especial manera de considerar lo ideal de la conducta humana que se finca en lo siguiente *“debemos buscar el acuerdo de nuestros distintos ingredientes[...], una proporción entre ellos [...], una armonía entre palabras y pensamientos, tonos y sentimientos, maneras y figuras”*. (Todorov, 1999: 244)

Toda esta serie de observaciones y opiniones de La Rochefoucauld son las que le permiten a T. Todorov mencionar la manera en que transforma la moral, en retórica, estética, al transplantar las reglas de la escritura, a códigos de vida.

La Rochefoucauld califica de hipócrita el conformismo social, cuando el individuo se somete a la muchedumbre. El hombre honrado es todo lo contrario, porque siente que no está solo, ni está con todos; ciertamente busca la compañía de sus congéneres departiendo con ellos en gustos intelectuales y encuentra placer en la práctica de actividades sociales.

El trato entre los hombres honrados deriva en relaciones óptimas; según La Rochefoucauld es, a partir del uso pleno de la libertad, aunado a un respeto mutuo; una recíproca confianza, sin entregarse del todo al otro y sin exigir la confianza total de este, pero sin temer a una mala intención; compartir con el otro, no implica sujeción, solamente se ha de procurar *“Contribuir, tanto como podamos, a la diversión de las personas con las cuales queremos vivir”*, ayudar *“al placer de la sociedad”* [...] (Todorov, 1999: 246)

Esta serie de observaciones tanto de Pascal, como de La Rochefoucauld fueron el elemento motor que los impulsó a opinar sobre la moral individualista. Ahora, es a nosotros a quienes corresponde retornar al punto del cual partieron.

Para empezar, conviene que volvamos la mirada hacia la condena de las falsas virtudes de Pascal y los jansenistas, a fin de que advirtamos el punto de discrepancia entre uno y otro; con la prudente aclaración de que independientemente de que difieran en opinión en ciertos aspectos, ambos nos llevan a considerar cómo es el proceder del hombre individualista que clara, amplia y reiteradamente se ha ido conformando.

Por ejemplo: en lo concerniente a la actitud de subordinación, Pascal nos dice en su libro *Pensamientos*, artículo V Subtítulo *“Sumisión y empleo de la razón”*, observación III *“No hay nada*

más conforme a la razón que desautorizarla (en las cosas que son de fe; y nada tan contrario a la razón como desautorizarla en aquellas cosas que no son de fe). Dos excesos: excluir la razón, no admitir sino la razón.” (Pascal, 2004: 45)

Con la manifestación anterior, podemos observar un dogmatismo en la fe y un limitado uso de la libertad; excepto, en las cuestiones mundanas en las que ha de imperar el razonamiento y no la subordinación; aquí es donde se encuentra el punto de coincidencia hasta cierto límite, con La Rochefoucauld; porque para éste, es invariable la responsabilidad de proceder siempre a partir de la razón, que permite hacer uso de la libertad.

T. Todorov menciona, que Pascal estigmatizaba cualquier tipo de vida social, así como el goce de placeres.

Lo anterior nos motiva a deducir que la opinión de Pascal obedece a su total entrega cristiana; para él gozar del placer de socializar distrae la atención del hombre y le impide reflexionar; situación que le conduce a evadir a su conciencia. Por otra parte, y contrario al pensamiento de Pascal, La Rochefoucauld insistía en perfeccionar un espíritu de diversión. *“Hay que intentar conocer [el aire] que nos es natural, no salir de él, y perfeccionarlo tanto como nos sea posible.”* (Todorov, 1999: 246)

Lo anterior, nos da lugar a encontrar el punto de discrepancia entre ambos y al mismo tiempo aprovechar la evaluación de T. Todorov cuando expresa *“Más que a un educador, Rochefoucauld nos recuerda a un artista cuyo material sería el mismo ser humano.”* (T. Todorov, 1999: 246)

La Rochefoucauld decía que todos los hombres son actores en la “comedia humana” y que han de encontrar el papel que les convenga y acomodarse a él de tal manera que la compañía irá progresando paulatinamente hacia una óptima cohesión. Es importante que señalemos su simpatía hacia el hombre honrado, ya que en la “comedia humana” éste, nuevamente supera al hombre del pueblo al tomar la decisión de desempeñar el papel de director de la escenografía.

Pascal consideraba el teatro como la peor amenaza para el hombre virtuoso, y en este, como en otros aspectos difiere de La Rochefoucauld que aunque tiene una visión negra de la naturaleza humana como los jansenistas, logra legarnos un arte de vivir, como lo consigue un artista.

Respecto a que el hombre padece ciertas debilidades (reitero), Pascal concibe que el hombre esencialmente no es bueno, pero mediante la práctica de las virtudes puede alcanzar la gracia. La Rochefoucauld, por su parte denota optimismo al compartir con la familia de los humanistas su fe en la capacidad de que el individuo se forme a sí mismo con cierta autonomía del *yo* aunque este es privilegio de algunos y obedece a una historia, por ello insiste en señalar el origen y la separación que se da entre los hombres honrados y el grueso de la población, misma que los hace diferentes:

Lo que los separa más profundamente es primero una hipótesis antropológica: piensa que el interés egoísta y el amor propio rigen por completo nuestros actos, y relega las normas sociales al papel de remedio tardío (e hipócrita), aportado al reino primero de los apetitos individuales. En cuanto a su moral, el *tú* no desempeña ningún papel particular: ni hablar de convertirlo en objetivo último de mis acciones. (Todorov, 1999: 247)

Hasta aquí se ha vertido el pensamiento de los hombres que se ocuparon de observar, señalar, comprobar y registrar los valores morales y culturales, manifestados por una persona o colectividad durante el siglo XVII, según nos lo muestra T. Todorov, en *El Jardín imperfecto*.

Con lo anteriormente descrito, aunado a la experiencia lectora de cada cual, sobre las producciones literarias durante ese siglo; es posible señalar que reflejan el orden monárquico y cristiano de aquel momento; que rompen con la fantasía del siglo que antecedió; que las costumbres de la época anuncian un nuevo ideal: el del *hombre honrado*, sociable y culto que describe La Rochefoucauld, que además, conserva el *ideal de la razón* del Renacimiento; condenan los desvíos de la imaginación o de la sensibilidad; se encaminan al estudio del alma humana, del corazón, de los caracteres, de las pasiones y de la verdad psicológica y moral.

Todo ello nos facilita la concepción del perfil de los individualistas cuyas acciones son motivadas por su amor propio y su interés personal, que se significa en rasgos de: autosuficiencia que deriva en soledad, así como la carencia de moral, que engloba a la conveniencia y el engaño e incluso otros vicios implícitos al hombre y catalogados como debilidades humanas.

Ahora veamos cual es el origen del individualismo, anteriormente ingresamos al pensamiento filosófico de algunos pensadores que manifestaron su objetiva opinión sobre la familia

de los individualistas, según la versión de Tzvetan Todorov; sin embargo, aún quedan en el aire importantes cuestionamientos. Necesitamos saber o conocer, el origen del individualismo y la razón de su aplicación entonces, y ahora.

En el libro *La era del individuo* de Alain Renaut, se habla (entre otros temas), sobre el origen del término individuo y posteriormente de la fundamentación filosófica del individualismo.

Heidegger considera, el comienzo filosófico de la modernidad a partir de la monadología Leibniziana; Alain Renaut, destaca la acertada visión de Heidegger así como el lugar que (sin proponérselo) alcanzó en la historia de la subjetividad “...al designar el sistema leibniziano como el lugar donde se ha jugado algo esencial en la historia moderna del sujeto.” (Renaut, 1993: 55)

En ese acto Heidegger encuentra la verdad del sujeto en cuanto tal; así mismo la consolidación de lo que previamente había iniciado Descartes.

[...] Heidegger sin darse cuenta, ha conseguido sobre todo el surgimiento de una figura particular del sujeto, que nunca ha percibido en su especificidad, y que ha identificado pura y simplemente con la verdad del sujeto en cuanto tal: allá donde la lectura heideggeriana no ve más que explicación y consolidación de lo que había surgido con Descartes, [...] (Renaut, 1993: 55)

Por lo anterior, concluye con la explicación de que la historia del sujeto, conduce al individuo; así también la necesidad de considerar que a partir de Leibniz este asunto corresponde menos a la historia de la subjetividad que a la historia de la individualidad.

Por tal motivo, para llegar a la resolución de que la historia del sujeto conduce al individuo, es necesario remitirnos a la explicación de la monadología Leibniziana y Alain Renaut lo explica de una manera muy clara y sencilla, dice que el sujeto para Leibniz, es la mónada y esta, es el individuo. Las mónadas son únicas por esencia; por tanto cada ser es diferente de otro, por esencia.

El diccionario dice que la palabra mónada proviene el griego *monos*, uno. Enseguida viene la explicación fundamentada en la opinión de los filósofos de que mónada es cada una de las partículas indivisibles y de naturaleza distinta que componen todo lo que existe.

Renaut manifiesta que “Heidegger diría: de la entidad) como individualidad. Y esto en el doble sentido de (1) la indivisibilidad o simplicidad, y (2) la irreductibilidad.” (Renaut, 1993: 56) Motivo

para opinar que no hay más que individuos, lo cual significaría la ruptura del concepto naturaleza humana.

Ese individualismo ontológico lo aclara Leibniz desde su tesis sobre la individuación donde rechaza el principio de individuación por la materia y la explicación se da al final del libro en las Notas Leibniz plantea la tesis de que *“cada individuo es individuado en la totalidad de su ser (sua tota entitate)”*. (Renaut, 1993: 366)

El texto manifiesta que a través de la reflexión del principio de los indiscernibles se consolida ampliamente la fundamentación Leibniziana del *individualismo ontológico* porque; *“no hay en la naturaleza dos seres reales absolutamente indiscernibles”*, [...] esto no es solamente una premisa del discurso filosófico: ya que es deducido de manera doble, a partir del principio de razón suficiente y del principio de contradicción:

-Puesto que toda cosa tiene su razón de ser, no pueden existir dos cosas semejantes (indiscernibles) en la naturaleza, donde no tendrían ninguna razón para existir las dos.

-Para que dos realidades sean semejantes, deberían no solamente tener la misma definición, sino también ocupar el mismo lugar en el espacio y en el tiempo, lo que sería evidentemente contradictorio con la afirmación según la cual son dos. (Renaut, 1993: 56)

Con la anterior aseveración se deduce que la mónada se concebirá sobre el modelo del sujeto; su realidad será descrita en términos de espíritu; también se determinará por sus capacidades representativas y apetitivas; concebidas con el modelo de la conciencia y de la voluntad del sujeto.

¿Qué determina el surgimiento de un individualismo ontológico? Lo determina el conjunto de sustancias independientes unas de otras; por ello es necesario considerar la posibilidad de establecer una reglamentación con el objeto de armonizar la diversidad de sustancias individuales.

Al llegar a este punto deducimos que por la ¿naturaleza? o condición de las mónadas, todos somos individuos por tanto: individualistas.

Somos individualistas, luego ¿es bueno o malo? Esta pregunta se la hace Victoria Camps, cuestionamiento que a nosotros también nos inquieta. Ella misma responde:

A través de los siglos el pensamiento ha procurado patentizar que el hombre es y debe ser soberano; responsable del conocimiento adquirido; juez de sus acciones; con una conciencia cuya entidad es intransferible, capaz de separarse del ámbito social para criticarlo y valorarlo independientemente de que quizás (la conciencia) sea una construcción social. No obstante, la ética se desarrolla en torno a los derechos fundamentales, derechos individuales que se fincan en la libertad; sin embargo, no hay ética sin autonomía, en la conciencia de cada sujeto moral, capaz de aceptar libremente sus normas de conducta, por ello considera:

De acuerdo con los principios éticos más consolidados, no puede ser malo en absoluto pedirle al individuo que lo sea de veras, que no deserte de su libertad ni renuncie al don, estrictamente humano de hacer de su vida un proyecto creativo.[...] es una condición y un deber del sujeto moral mantener su individualidad a salvo de intromisiones ilegítimas; es una condición y un deber del sujeto moral querer a sí mismo: no despreciar la propia valía, antes bien extraer de ella el máximo rendimiento. (Camps, 1999: 13)

De una manera desalentadora posteriormente nos explica que ese es el lenguaje de la filosofía, sin embargo; el lenguaje de la cotidianidad nos remite a una realidad ajena a la ética, a la conciencia, a la sensibilidad, a la solidaridad; esa realidad de los individualistas miembros de las sociedades liberales avanzadas, es partidaria del egoísmo, de la ignorancia de la justicia social, de la indiferencia por los asuntos públicos, no les preocupan los demás, no respetan el medio ambiente; además representan un obstáculo para realizar cualquier empresa en torno a los intereses o ideales comunes.

Se agrava la situación porque no solo es individualista cada ciudadano; se suman, los políticos que se sustraen a su responsabilidad ética de servir al público, dirigiendo sus acciones a los intereses de un partido o a cierta clase profesionalizada.

Son individualistas (continúa en su disertación Victoria Camps), sociedades enteras; es el caso de los países ricos que ni siquiera reparan en la presencia de los pobres, las necesidades de éstos les resultan ajenas, puesto que el bienestar propio está asegurado. Esos individualismos colectivistas y tribales que tratan de perpetuar su grupo, son los que más preocupan; no así el individualista

encerrado en sí y autocomplaciente; esa es la razón por la que Victoria Camps estima: *“Sea como sea, la mónada leibniziana, que no tiene ventanas para asomarse al exterior, es el modelo que se adapta mejor a nuestros escenarios.”* (Camps, 1999: 14)

Esta circunstancia refuerza el significado del individualismo que no es más que la atomización (acción de fraccionar un todo), encierro en lo privado y desafecto a lo público. Trascendente motivo que amenaza a la democracia. Nos faltan ideas y voluntad para enmendar esos datos.

Son muchas las paradojas y las ambivalencias que nos conducen hacia las dos caras del individualismo; una cara del individualismo es la afirmación del individuo autónomo e independiente que trata de ser la expresión más auténtica de la humanidad.

La autonomía es en un sentido una dependencia, pero en el sentido de que la valoración de la autonomía consiste en hacer de lo humano mismo el fundamento o la fuente de sus normas y de sus leyes, en tanto que no las recibe ni de la naturaleza de las cosas, como en los antiguos, ni de Dios, como en la tradición judeo-cristiana”. (Renaut, 1993: 97)

La otra cara del individualismo es la aseveración del individuo manipulado por las fuerzas, intereses o grupos más dominantes, cuyas raíces teóricas se sustentan en la hipótesis moderna. *“La ideología moderna, dice Dumont, es la valoración del ‘ser autónomo, independiente’, y la independencia es la autosuficiencia, por tanto, la libertad sin regla;”* (Renaut, 1993: 96)

Dice Victoria Camps:

Las ambivalencias del individualismo actual confluyen en una sola: el individuo deja de serlo cuando abdica de su autonomía. Ser individualista, en el sentido que damos normalmente a este término, pensar sólo en la propia supervivencia y en la del grupo a que uno pertenece, ser egoísta, no es ser autónomo. (Camps, 1999: pp. 23)

El profesional que se deja absorber por el trabajo porque sólo anhela dinero y éxito; el político que sólo busca ganar las elecciones; el burgués que responde a todos los estereotipos de su condición; el nacionalista que se cierra al reconocimiento de otras diferencias; no viven de acuerdo con normas libremente aceptadas, se adaptan ciegamente a las normas establecidas, para lo cual tienen

que evitar a toda costa la permeabilidad de otros comportamientos y estilos de vida. El sujeto de la ética no son los colectivos sino los individuos: son ellos y no los grupos los finalmente responsables del bien y del mal que haya en el mundo.

[...] La autonomía, pues, no es incompatible con el diálogo y con la necesidad del otro. [...] También el liberalismo económico, en el que está anclado el individualismo no ético, exige contar con el otro. Pero sólo con aquel otro que comparte tácticamente nuestros intereses porque compite en el mismo juego. La ética, en cambio, le pide al individuo que se olvide de sus intereses particulares y se preste a defender los intereses de la humanidad. Pero debe hacerlo desde su individualidad, no delegando su responsabilidad y asumiendo sin más lo que este partido, aquel sector, esta religión, aquel colectivo decide que deben ser los intereses de la humanidad. (Camps, 1999: pp. 23-26)

Con todo lo que en este texto se ha mencionado, se puede concluir: que los elementos para considerar al individualista como tal, obedece a sus actitudes, que se asemejan a las que observa un individualista desde la perspectiva de los humanistas de la tradición francesa.

Después de haber leído *La era del individuo* título que concentra una auténtica historia filosófica de la subjetividad, frente a quienes anuncian la muerte o el fin de la filosofía, reivindica la filosofía en su más genuino sentido, así también permite que nos acerquemos a la raíz, al origen, de donde surge la palabra individualismo, con la mónada Leibniziana.

Por otra parte, si se tiene la oportunidad, se sugiere la lectura del libro *Paradojas del individualismo* de Victoria Camps magnífico texto donde se ha localizado su opinión y la explicación de que a partir del siglo XX se ha diversificado el individualismo, nos menciona que el cambio se ha manifestado desde el momento que se presentan dos tipos de individualista.

Uno sería el individualista autónomo, que no es ni puede ser egoísta porque sus actitudes se rigen por la ética.

Otro sería el individualista independiente, que obedece a su independencia y que al contrario del individualista autónomo es un ser egoísta, un ser que se etiqueta con el grupo y no asume, la moral ni la ética.

Con esta explicación se da por concluida, en este texto, y por ahora, la muestra del individualismo, así como de sus paradojas. Después de haber incursionado en la teoría sobre los inicios del individualismo a partir del ensayo filosófico literario de Tzvetan Todorov, localizada en su libro *El jardín imperfecto*; así también, la información relativa al origen del individuo consultada en el libro *La era del individuo* de Alain Renaut; para concluir, con la bifurcación del individualismo, opinión de la filósofa Victoria Camps sobre el individualismo actual, que se asienta en su libro *Paradojas del individualismo*.

BIBLIOGRAFÍA

CAMPS, Victoria, 1999, *Paradojas del individualismo*, Barcelona, Ed. Crítica.

PASCAL, Blas, 2004, *Pensamientos sobre la religión y sobre otros asuntos*, Tr. con las adiciones de Port-Royal convenientemente distinguidas por: Eugenio D'Ors, Buenos Aires, Ed. Losada.

POZUELO, YVANCOS, 1993, J. M., *Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Poética de la Ficción*, Madrid, Ed. Síntesis.

RENAUT, Alain, 1993, *La era del individuo*, Tr. Juan Antonio Nicolás, Barcelona, Ed. Ediciones Destino.

TODOROV, Tzvetan, 1999, *El jardín imperfecto*, Luces y sombras del pensamiento humanista, Tr. Enrique Folch González, 1ª Edición en castellano, Barcelona, Ed. Paidós Biblioteca del presente 8.

DICCIONARIOS

ABBAGNANO, Nicola, 1974, *Diccionario de Filosofía*, Tr. de Alfredo N. Galletti, 2ª Edición, México, Fondo de Cultura Económica.

ESTÉBANEZ Calderón, Demetrio, 2004, *Diccionario de términos literarios*, 4ª. Edición, Madrid, Alianza Editorial.